

todo es místico en la tal influencia, pues Ángel nota que las formas del cuerpo de Leré contrastan, por su atractivo desarrollo, con las de Dulce.

Apenas muere la niña, la maestra declara al padre que ha llegado el momento de obedecer á su vocación, y que se larga á Toledo á ponerse la toca. Artificio muy hábil, si Leré fuese coqueta; pues Ángel, al oír tales nuevas, se desatina, implora, se declara, y se ofrece á respetar á Leré y á construirle una capilla donde todo el día de Dios pueda rezar, á condición de que no le abandone. El cariño que siente por Leré no es como el que le inspiraría otra mujer cualquiera: le gusta Leré precisamente por su misticismo, por su invulnerabilidad para las saetas amorosas, por su vocación de mártir moral. Pero Leré, sincera, insensible, le dice adiós, y Ángel se queda sin sombra, como suele decirse. No tarda en seguir á Leré: quiere verla, aunque sólo sea un instante; quiere sentir de nuevo el dominio de aquella voluntad santa, y anonadarse en ella.

Aquí viene una parte de la novela que me recuerda á *Madame Gervaisais*, de los Goncourt (advírtase que Galdós no ha leído á estos novelistas franceses). Es la lenta conquista de un espíritu por el ambiente de una ciudad: es otra forma del pasado siempre robusto y avasallador, que nos domina y nos envuelve, y al cual pertenecemos por lo más hondo de nuestro ser. Con la preparación de la palabra y atractivo de Leré, Toledo acaba de amansar y convertir al demagogo. La catedral, maravilla del arte; las ricas iglesias; los misteriosos coros conventuales, con sus monjas que parecen estatuas orantes ó figuras sorprendidas por el cincel en la actitud del éxtasis; los viejos muros, guerreros aún; los arcos árabes; el hondo y barrancoso cauce del Tajo; la conversación con respetables canónigos, curas místicos, inofensivos iluminados y maniáticos de arqueología.... todo va labrando en el alma de Guerra, caldeada en la fragua del amor, como la hoja de acero dispuesta á recibir temple por la sumersión

en las aguas del Tajo.... Esta misma comparación emplea Leré, cuando ya vestida con las tocas y la plegada túnica de negra estameña, combate á su amigo, empeñado en distraerla de la vocación y hacerla partícipe de las sensatas y utilitarias ideas del buen beneficiado Don Francisco Mancebo, que desea á toda costa labrar la felicidad de su sobrina y de toda la familia, casándola con el rico y caballeroso Ángel Guerra. «Las personas que no saben templarse—dice la monja,—no valen para espadas: asadores serán toda su vida.» Y Ángel, poco á poco, se temple, se temple....

Tanto se temple, que ya siente la necesidad de soledad y retiro, primer indicio de vida espiritual, y se retira á un cigarral que posee, gozándose en la compañía de gente rústica y pobre, que habla como los villanos de Tirso ó de Juan de la Encina. Mientras pastores y labriegas charlan junto al fuego, Ángel rumía un nuevo sistema religioso. Allí se le ocurre por primera vez «fundar, con toda su for-

tuna, una Orden, Congregación ó Hermandad destinada á realizar los fines cristianos que á Leré más le agradasen.» «Él se encargaría de todo lo adjetivo, ella de lo substancial. La institución podía ser puramente contemplativa, si ella lo deseaba, ó filantrópica y humanitaria, con todo el carácter católico que ella quisiera darle.»

Puesta en este carril, el alma de Ángel va encaminándose suavemente adonde Leré la guía. Hoy el absoluto corte de las ya casi extinguidas relaciones con Dulce; mañana la misa, la oración, las prácticas piadosas; al otro el sacramento de la Penitencia, la confesión general, la devoción á la Virgen.... Todo el conocido método de soltar la vieja librea del pecado, lavándose en las aguas de la contrición. Á cada visita á la hermana del Socorro, Ángel sale más animoso, más neófito cristiano. Pero aún falta un paso ó escalón gigantesco, y Guerra lo salva de un brinco, después de una entrevista con Leré. Para que ésta acepte el patronato y direc-

ción de la obra que Ángel proyecta, hay una condición ineludible: que Ángel se haga sacerdote. «Lo seré», responde él con exaltación inmensa.

Y empieza para Ángel el período que podríamos llamar *de la santidad*. Mientras se prepara, y estudia la liturgia, y refresca el latín, y barre de su alma los restos y reliquias de la mala vida pasada, bajo la dirección de un discreto y simpático maestro espiritual, el cura Casado; mientras traza los planos de su *Domus Domini* ó institución caritativa, rodéase, como los bienaventurados de la leyenda, de mendigos, de pobres vergonzantes, de ancianos, de niños, de paralíticos, de cojos, á quienes consuela, mantiene y educa. Por los caminos, despreciando las burlas de la gente, sirve de lazarillo al ciego, y entregándose con plena confianza á los individuos de peor reputación, va de noche y por extraviadas sendas á socorrer criminales perseguidos por la justicia. Su mano está siempre abierta para la limosna; su vida es una constante prác-

tica del bien. El estado de su ánimo le lleva á tener hasta apariciones, y dos ó tres veces ve su propia imagen, con hábito sacerdotal,—lo cual, en lenguaje científico, se llama *desdoblamiento de la personalidad*.—Á primera vista, cualquiera creería que se han cumplido los votos de Leré: que Ángel se ha transformado en un hombre nuevo, todo paz y amor. Pero, ¡ah!; bajo la piel del corde-ro, la fiera subsiste. Ángel no subirá nunca á los altares.

Un día, alterada la bilis, pateo y deja por muerto á un enemigo suyo. Otro día, al saber que hay quien sospecha de Leré, pierde el hilo de las devociones y se entrega á todos los desahogos de la cólera. Estando velando á un enfermo, y acompañándole en la vela la hermana Lorenza, la Leré de sus ilusiones, como la viese unos instantes reclinada durmiendo, éntrale tan vehemente y tan poco espiritual tentación, que él mismo dice: «No había ideas en mí, sino un apetito primordial, paradisíaco....; lo llamo así, porque

relaciono mi estado con el de los primeros pobladores del mundo, en la fecha remota del pecado original. Si en aquel momento me ofrecen lo que yo deseaba, á cambio de la bienaventuranza eterna, lo acepto sin vacilar. No me importaba una eternidad de tormentos á cambio de...» En suma; que todo el camino de santidad recorrido por Ángel es puramente externo; que su santidad es postiza, postiza su castidad, y no menos postizas su humildad y mansedumbre, pues cuando la horda de bandidos que constituye la parentela de su antigua querida Dulcenombre le ataca á deshora en su cigarral para robarle, por mucho que se empeña en considerar «la hermosura y majestad de ofrecerse indefenso á las injurias y al saqueo de semejante canalla, el mérito extraordinario de dejarse pisotear y proceder ante los ultrajes en perfecta imitación de la conducta del Divino Jesús», la condición iracunda del hombre de sangre y violencia se sobrepone, emprende lucha heroica con sus asaltantes, y un navajazo

le parte el hígado con mortal herida. Como á Don Quijote, vuélvele la razón antes de expirar, y comprende que conversión, santidad, ensueños de vida eclesiástica, «todo ha sido una manera de adaptación ó flexibilidad de mi espíritu, ávido de aproximarse á la persona que lo cautivaba y lo cautiva ahora y siempre... Declaro que la única forma de aproximación que en la realidad de mi ser me satisface plenamente, no es la mística, sino la humana, santificada por el sacramento, y que no siendo esto posible, desbarato el espejismo de mi vocación religiosa, y acepto la muerte como solución única, pues no hay ni puede haber otra». Así muere Ángel Guerra, revestido de la noble sinceridad que tan bien cuadra á su generoso aunque recio carácter, español de pies á cabeza. Pero la semilla de su caridad ha caído en otro corazón generoso, profundo, el del pueblo, y la leyenda áurea está formada ya. Á la puerta del moribundo vela y aguarda una mendiga de las que él socorrió,

una de esas cieguecitas á quien en la noche de los sentidos abre los ojos del alma. Cuando le dan la noticia del tránsito de Ángel, la ciega contesta: «Lo sabía. Poco antes de llegar el Señor, *vi* que el amo se transportaba. Se encontraron un poquito más allá de la puerta, y juntos se subieron.... Recemos.... por él no; por nosotros.»

Así termina esta gran novela, impregnada y perfumada de un misticismo y una fe que, salvando la distancia, más geográfica que moral, que nos separa de Rusia, parece proceder de alguna de las mejores inspiraciones de Tolstoy. La diferencia que pudiera encontrarse consiste en que el iluminado ruso es completamente heterodoxo y reniega de las formas oficiales de la religiosidad, mientras Galdós, dentro de su racionalismo templado, y, por decirlo así, *desengañado*, ve la necesidad, la hermosura, la conveniencia de la jerarquía inmutable y universal de la Iglesia católica. Un crítico francés censuró en Zola una deficiencia grave, diciendo que Zola escribe «lo

mismo que si Cristo no hubiese venido al mundo». No se podrá aplicar esta censura á Galdós. Al tomar el pulso á nuestro pueblo, sobre todo al del interior de Castilla, de ese varonil, franco y simpático gentío del *pañó pardo*, Galdós ha encontrado viva, latente, casi activa como en otros tiempos, la fe. ¿Qué necesita la roca para abrirse y soltar un chorro de agua pura? ¿La vara de Moisés? Ni aun eso. Ángel Guerra no es profeta con misión: amor humano, aunque disfrazado de platónico idealismo, es quien le impulsa; y, no obstante, al paso de este hombre en quien el arrepentimiento es pasión, y pasión la fe, y pasión las buenas obras, ya brotan como flores de azur y gules, como vegetación de paraíso dantesco, las abnegaciones, las conversiones, los milagros.... ¡Ya reverdece la cosecha regada con sangre de Cristo!

He leído ú oído decir, no sé á quién ni dónde, que en *Angel Guerra* se ridiculiza la religión. ¡Oh poder de los rótulos y las etiquetas! Leed los tres to-

mos, y decidme qué impresión prevalece en vuestro espíritu. No os importen las creencias del autor; no fiscalicéis su alma, tal vez más cristiana, mucho más cristiana de lo que él mismo sabe y cree. La impresión definitiva,— ó yo no entiendo de impresiones,— es que lo grotesco, lo mezquino, lo tonto, son clubs y repúblicas, motines y revoluciones. En cambio el elemento religioso, sobre aparecer con aspecto de cosa majestuosa, eterna, indestructible, reviste una elevación, una serenidad, una poesía, una dulzura humana, que tiene el sano amargor de la mirra y la balsámica pureza del incienso. El episodio final de la ciega conmueve hasta las entrañas. Si lo que conmueve edifica también..., mucho hay de edificante en la historia del demagogo pseudo-santo.

Al juzgar á un escritor tan penetrante como Galdós, es necesario acorazarse contra la propia simpatía. No necesito hacer protestas de que Galdós es uno de mis autores favoritos en *Europa*: tampoco

necesito, para el lector sagaz, que descubre en el tono las intenciones, declarar que considero á *Angel Guerra* novela digna de emparejar con *Fortunata y Jacinta*, con *La incógnita*, con lo mejor del maestro. Por lo mismo que admiro sin rebozo el fértil ingenio del autor, no he de prescindir de observaciones y reparos que estoy obligada á exponer de un modo categórico, sin miramientos que sólo convienen á escritores de alfeñique. Por lo demás, mis observaciones, aunque motivadas por *Angel Guerra*, pueden, en mayor ó menor grado, aplicarse á otras obras de Galdós.

Habrán notado los lectores que al extractar el asunto de *Angel Guerra*, fui ciñéndome á lo esencial, á lo interno, que es, en mi concepto, el drama que se desarrolla en el espíritu del héroe. De los Babels ¡los Babels famosos!, de Don Francisco Mancebo con su gramática parda y sus vidrieras, de Casiano el guapo bargeño, de Casado el sagreño feo amante de la agricultura, del monstruo con sus

:

piernas enrolladas, de Sor Expectación, de Don Tomé, de Palomeque, de Tatabuquenque, de Zacarías, de Jusepa, de Don León Pintado, de Don Pito, de Don Braulio, del niño que quiere ser cadete, del otro niño murillesco, de Virones, del... ¡del diablo, de un ejército de personajes!, no hice caso ninguno. No será porque no me hayan divertido mucho casi todos ellos: precisamente por eso les guardo cierto rencor: porque me han *divertido* demasiado, porque me han polarizado la novela, me la han fraccionado en corpúsculos, irisados y brillantes, sí, como los que despide el pulverizador, desviándome del objeto principal, objeto que *en sí* me importaba lo bastante para que me pusiesen de mal humor las digresiones, aunque interesantes también.

¿Comprenden Vds. ahora por qué no he nombrado siquiera á los partiquinos que cantan á veces trozos tan bonitos como el aria del tenor? ¿Lo comprenden? Pues lo que yo hice con tanta facilidad (¡miren qué gracia!), esa discretación de

esencial y accidental, ese concentrar la luz intrépidamente sobre las principales figuras... eso creo que no perdería nada *Angel Guerra* si lo hubiese ejecutado el autor.

El muy entendido crítico de *La Epoca*, Luis Alfonso, juzgando un libro reciente de Pereda, *Al primer vuelo*, hacía una indicación sumamente exacta: que con él, y con algunos de la misma procedencia, sucedía lo que con los lienzos de ciertos pintores: el paisaje ó la marina lo absorbían todo, y la figura quedaba sacrificada. En Galdós—que es poco paisajista, al menos del paisaje rural—hay exuberancia de figuras, un hormiguelo de cabezas puestas casi en un mismo plano, y todas estudiadas con escrupulosa atención, que recuerda la *Ronda nocturna* de Rembrandt. Si Pereda pudiese solicitar de Galdós un subsidio de figuras, el ilustre montañés se remediaría, y Galdós quedaría desahogado de esa plétora de humanidad; podado el árbol, y sin que se notase la poda, que en eso está el toque del arte:

podar y que no desmerezca la gracia, la espontaneidad, la forma natural del árbol.

No me pongo en contradicción con lo que dije al principiar el artículo; lo de la *poda* no es uno de esos vulgares, distraídos y tristes juicios de *extensión*, que más que juicios deben considerarse revelaciones acerca de la capacidad estética del que los emite, pareciéndose al instrumento llamado *dinamómetro*, que al apretarlo señala con exactitud los grados de nuestra fuerza muscular. La novela de Galdós no peca de larga, sino de *densa*, y no aburre, sino que *divierte* con exceso y siempre igual: por lo mismo la importancia indudable del asunto y de los principales personajes no se impone como se impondría después de esa *poda* ligera, hecha con fines artístico-humanos, no por obedecer á ninguna exigencia clásica. No es canon viejo, sino eterna ley de hermosura, fundada en los mismos preceptos de la razón, que en todo cuadro ha de haber algo que prevalezca, y que las figuras de primer término deben cautivar la aten-

ción, quedando las otras en su lugar accesorio. Un ejemplo de lo perjudicial que es el dar á todo importancia, lo encuentro en aquel Don Tomé, que también se enamora de la hermana Lorenza, y también muere delirando con ella. El episodio es bonito, pero quita interés á otra situación análoga que ha de seguir y que es capital: la muerte del protagonista.

El inconveniente procede de la misma riqueza de las excepcionales facultades de Galdós; lozanean demasiado, y puede decirse de ellas lo que de la planta frondosa: «que tiene vicio». Ve Galdós tan bien el significado de los objetos, de los lugares, de las personas; siente con tal viveza y frescura las impresiones de lo real (tomando la palabra *real* en el amplio sentido que le daban los viejos escolásticos, los cerrados adversarios del nominalismo), que no resiste al deseo de trasladar esa impresión, bella si se considera aislada, pero que, dentro del conjunto de la obra de arte, unas veces es oportuna y otras no tanto. Galdós es el hom-

bre que al pasar por la calle (su gran campo de observación), súbitamente se para, encantado del aspecto de un tenducho, de una cacharrería, de los juegos de dos chiquillos en el arroyo. El objeto más ínfimo, más vulgar, no sólo le atrae, sino que se reviste á sus ojos de misteriosa poesía. Á su conjuro, la zarza, la ortiga, se cubren de flores. La bondad es hermosa prenda de su carácter y distintivo de sus obras, rebosa en esa universal simpatía. Ved, por ejemplo, el tipo del cura Virones, de aquel sucio, ignorante, hambrón y ramplón clérigo, «que apesta á vinazo». Al pronto nos infunde repugnancia y desvío: poco á poco, al irnos descubriendo el novelista la *humanidad* del personaje, nos inspira interés y compasión, y nos entran ganas de protegerlo, como lo protegió Ángel Guerra.

Pero con esta efusión general, repito que salen perdiendo los personajes que tenían derecho á concentrar la luz. Sucédele al novelista lo que á esos hombres que derrochan fuera de su casa tanto ca-

riño y tanto dinero, que el hogar se resiente y hay escaseces en él.—Explicaré lo de las escaseces, no vaya á interpretarse en un sentido poco grato, y muy contrario al pensamiento de quien admira y ama como nadie la literatura de Galdós.

Si he combatido siempre la idea de que Galdós escriba *largo*, el maldito juicio de extensión, tampoco he transigido con los que, enamorados del estilo *oficialmente* castizo y elegante, aseguran que las novelas de Galdós *no están escritas*. Me sería fácil demostrar con citas y extractos, especialmente de los *Episodios*, que en Galdós hay períodos de un movimiento y elocuencia realmente clásicos. En obras más recientes, Galdós prefiere el lenguaje usual, el *lenguaje hablado*; y esto, que obedece á una fórmula y un programa de sinceridad literaria, será, andando el tiempo, contado por mérito más que por descuido. En los libros de Galdós hay un tesoro, un caudal léxico; giros, palabras, idiotismos corrientes;

formas, ya canallescás, ya amaneradas; la oratoria de la plebe, la jerga parlamentaria ó política, lo pasajero y lo estratificado del idioma. En esto también Galdós es exuberante, y de todo se prenda, y todo lo recoge, y á todo le encuentra su interés peculiar. En su estilo hay dos cualidades de primer orden: la personalidad y la vibración íntima, reflejo de su sensibilidad de artista. Lo que falta es música y ritmo: á Galdós se le conoce que no hizo versos de muchacho, y que nunca lee sus cuartillas en alta voz, *gveu lant*, como decía Flaubert. La música que gusta á Galdós no es la de la prosa, sino la «sucesión de sonidos modulados para recrear el oído». Nótese cómo el poeta lírico que se profesa aficionado á la música, Fray Luis de León, es el más tardo de oído para la rima. Si Galdós no tiene el oído más fino que Fray Luis, digo que tiene, como el autor de *La Profecía del Tajo*, percepción de la armonía de las cosas, armonía que se comunica al estilo: de ahí esa vibración

interna que á veces observo en Galdós, y de la cual pondré dos ó tres ejemplos. Boceto de calleja toledana: «El sitio era solitario, fosco, siniestro, apropiado á los tapadijos galantes y á los acechos de la traición: la calleja se replegaba en la más intensa obscuridad, y sólo al medio de ella, traspasado el segundo recodo, distinguíase á lo lejos la lucecilla de un farol colgado como á cinco varas del suelo, delante de un Cristo que llaman de la *Buena Muerte*, con melena y enaguillas, en mohoso nicho cubierto de alambreira.» ¿Verdad que hay aquí algo de la expresiva y pintoresca sobriedad de las descripciones de Zorrilla? Pues ved ahora un retrato, la geta del inclito Don Pito. «Cara más áspera, más amojamada, no se podrá ver, comparable quizá, más que al alcornoque, á una esponja vieja y reseca, surcada de cortes y arrugas profundísimas. Era su frente cuarteada como la piel del cocodrilo; su pescuezo como un manojo de raíces de droguería; sus manos, forzudas aún, revelaban parentesco con el cabo

de filamento de coco; sus barbas, blancas á trechos, á trechos verdosas, crecían entre las grietas de la piel, como el escaramujo en un casco que ha navegado largo tiempo sin entrar en dique.»

De trozos así, dignos, no ya del manoseado homenaje de las antologías, sino de colgarse en los museos literarios como tablitas de Holbein, encontraríamos centenares. Aunque Galdós no es pintor por temperamento, como Pereda, sabe pintar; aunque no es músico, como Zorrilla, sabe *cantar* los párrafos; aunque no es estilista por la belleza del estilo, como Valera, ni coleccionista de vocablos, conoce la ciencia del buen decir, y es gráfico, cuando quiere. Pero—aquí sale otra vez lo de las *escaseces*—esta fuerza y magia del estilo, no siempre recae en lo más interesante de la obra; no siempre viste de gala el rey. En toda novela hay situaciones culminantes, donde la pluma, sin asomo de afectación retórica, despliega sus recursos, refleja la inspiración del autor, y acusa como una especie de

trepidación subterránea, algo que delata el fuego oculto. No hago á Galdós la ofensa de añadir que esta trepidación no se revela con altisonantes palabras ni engomados períodos. Al contrario: hay cierta concisión en las horas supremas del estilo; mucha sencillez, pero gran arte *intensivo*. Pues bien: en *Angel Guerra*, mientras escenas y pasajes puramente accesorios tienen esa vibración, otros esenciales están contados desmayadamente, con verbosidad é indiferencia; ejemplo: la muerte de la niña.

Conste (todas las aclaraciones y explicaciones me parecen pocas) que no pretendo en modo alguno aplicar á Galdós aquel conocido precepto:

«*Qui ne sut se borner, ne sut jamais écrire*»,

porque no le taso el espacio: mi censura recae sobre el *modo*; sobre el *tiempo*, nunca. Tal cual se practica en *Angel Guerra*, el método de Galdós tiene el inconveniente del bailoteo horizontal de los ojos de Leré: marea y distrae. Cuando

ya logramos vencer esa impresión de *mariposeo*, cuando fijamos nuestra apreciación, lo que vemos es hermoso de verdad, sobre todo el carácter del protagonista. No tanto el de Leré, que aunque posible (dice la sabiduría que imposible no hay nada), es menos encarnado y terrestre. Á veces Leré tiene algo de símbolo, y aun cuando hable como una mujer y diga cosas de graciosa crudeza (léase su monólogo la noche en que Guerra se le declara), siempre parece un ser astral, pretexto para calentar una fantasía española y hacer brotar en ella la quimera místico-humanitaria del *dominismo*. Angel es la figura *razonada* de las dos que componen la pareja ensoñadora que intenta fundar la ciudad del porvenir.... cuando en el fondo de su alma, dándose cuenta de ello á veces y otras no creyéndolo, á lo que aspira es á fundar la casa, la descendencia y la egoísta ventura personal.

Pero de esta aspiración secreta, victoriosa, impuesta por ineludible ley, han

surgido en el mundo todas las cosas bellas y grandes: el arte, la poesía, la misma caridad, á veces la santidad, porque el tercer cielo, pese á Dante, no lo mueve la inteligencia, sino el amor.

Esta es la filosofía de *Angel Guerra*, nuevo título de gloria para el autor que, llegado á la madurez y á la plenitud de su carrera literaria, no tiene sino defectos de jóven: derroche de savia, exceso de lozanía, despilfarro de inspiración, caudal para diez novelas en una sola, ante la cual, *así y todo*, nos inclinamos respetuosos y agradecidos. ¡No faltaría más...!

